



## Back to the Beginning: el ritual de despedida de Black Sabbath y Ozzy Osbourne

¿Cuál fue mi primer acercamiento con Black Sabbath? Seguramente fue cuando era niño y vi el video de Pantera versionando Planet Caravan para su álbum Far Beyond Driven. Tal vez después, cuando escuché a Faith No More tocando War Pigs en su disco The Real Thing. Seré sincero: en mi adolescencia estaba clavado con los grupos de metal de mi generación, y ya entrando a mis 20's comencé a buscar bandas más allá del mainstream. Así di con Melvins, una banda proveniente de Seattle que fue de las primeras joyas del rock alternativo de los 90. Ellos influenciaron a pilares del grunge como Nirvana, Soundgarden y Pearl Jam, aunque nunca alcanzaron la misma fama. Pero cuando me clavé con Melvins y descubrí su fuerte influencia de Black Sabbath, fue cuando entré de lleno al Stoner Metal. Ese subgénero que retoma el sonido áspero, denso, lento y psicodélico de los primeros discos de Sabbath. Un estilo que la banda fue dejando atrás tras la salida de Ozzy.

Aquí fue cuando de verdad le presté atención a Sabbath. Y aunque sé perfectamente lo que significan su álbum debut y Paranoid, mis favoritos personales son Master of Reality y Sabbath Bloody Sabbath. Descubrí también bandas impresionantes que heredaron y evolucionaron ese sonido: Saint Vitus, Candlemass, Sleep, Kyuss, Sunn O))), por mencionar algunos. Por eso, me sorprendió que ninguna de estas leyendas del stoner underground estuviera el pasado 5 de julio en el concierto de despedida de Black Sabbath y Ozzy Osbourne, llamado Back to the Beginning. Aunque sí hay que decirlo: Mastodon, una de las bandas más mainstream del stoner actual, estuvo ahí dando un gran show, acompañados por Nick Johnston. También hubo supergrupos formados por Tom Morello, quien reunió a leyendas del metal y el rock. Destacó Lzzy Hale (de Halestorm), que se lució cantando The Ultimate Sin, de la carrera solista de Ozzy en los años 80. Aunque me decepcionó que fuera la única mujer en el escenario.



Me hubiera encantado ver a Alissa White-Gluz de Arch Enemy o a Nita Strauss rompiéndola con su guitarra.

En esos supergrupos también brillaron nombres como Nuno Bettencourt de Extreme —quien bien podría ser el Eddie Van Halen de los 90—, Mike Bordin de Faith No More (baterista de Ozzy por años), y Vernon Reid de Living Colour. Ver juntos a estos tres pilares del funk metal —un subgénero que considero infravalorado— me emocionó muchísimo.

Uno de los momentos más potentes fue Bark at the Moon, con un Tobias Forge (Ghost) al que le quedó grande el tema vocalmente, pero con un Nuno encendido que salvó la canción. También sonó Shot in the Dark, aunque David Draiman de Disturbed fue muy abucheado por sus declaraciones sionistas recientes.

Lamb of God hizo uno de los mejores covers del día con Children of the Grave; simplemente lo ejecutaron de forma brutal. Y aunque no puedo detenerme a reseñar cada presentación —porque necesitaría otro texto completo—, este evento ya pasó a la historia, no solo del metal, sino de la cultura pop global.

Slayer, Metallica y Anthrax representaron dignamente al thrash metal. Pantera, con su nueva alineación, fue recibida con cariño y nostalgia, mientras que Tool nos llevó a esos pasajes oscuros del metal progresivo de los 90. Pero para mí, los que más destacaron fueron los franceses de Gojira, que estuvieron inspirados, poderosos y emotivos.

Sobre Guns N' Roses, se ha hablado mucho... pero por las razones equivocadas: la voz actual de Axl Rose. Sí, suena muy distinta, incluso hay bromas crueles comparándolo con Mickey Mouse. Pero como fan del grupo desde niño, me duele leer esas críticas. Axl alcanzó rangos vocales altísimos en su juventud, y ahora, tras años de excesos, mala técnica y simplemente el paso del tiempo, es injusto esperar que cante como antes. Al menos deberíamos valorar

que la banda sigue junta —si bien no con toda la alineación original, sí con sus pilares esenciales—. A veces hay que dejar que el corazón escuche más que el oído.

Y Ozzy... qué decir de Ozzy. Su aparición fue breve, pero absolutamente conmovedora. Apenas pudo caminar al centro del escenario, pero lo hizo con una sonrisa que decía más que mil palabras. Cantó Crazy Train y Iron Man, sí, pero el verdadero momento que partió el alma fue cuando interpretó Mama, I'm Coming Home. La voz quebrada, los ojos brillando... era Ozzy hablándole no solo a su esposa, a su familia, sino también a nosotros: a quienes lo consideramos parte de la familia del alma.

Esa canción no fue solo un cierre: fue una despedida íntima y dolorosa, como si el Príncipe de las Tinieblas nos susurrara su último adiós. No recuerdo haber tenido una conexión así con otra banda clásica. Ni con Led Zeppelin, ni con los Beatles. Tal vez un poco con los Rolling Stones. Pero Black Sabbath siempre fueron los outsiders entre los outsiders, y por eso su música duele y sana al mismo tiempo. Es un idioma propio para quienes nunca terminamos de encajar del todo.

Y si Ozzy es el alma, Tony Iommi es la mente maestra. El arquitecto de la distorsión. El riff hecho carne. A veces se le menciona poco, pero él fue quien inventó —sin proponérselo— el sonido del metal. Después del accidente que lo dejó sin dos falanges en la mano derecha, reinventó su técnica, bajó la afinación, y convirtió la limitación en un estilo. Un estilo que cambiaría para siempre la historia de la música.

Su guitarra no necesita virtuosismo para imponer. Con una sola nota arrastrada, te pone los pies en el infierno. Su presencia sigue imponente. Su sonido sigue siendo una montaña oscura que aplasta, abriga y te recuerda por qué el metal es lo que es. Este concierto no fue solo un adiós. Fue un ritual.

